

CLEOPATRA

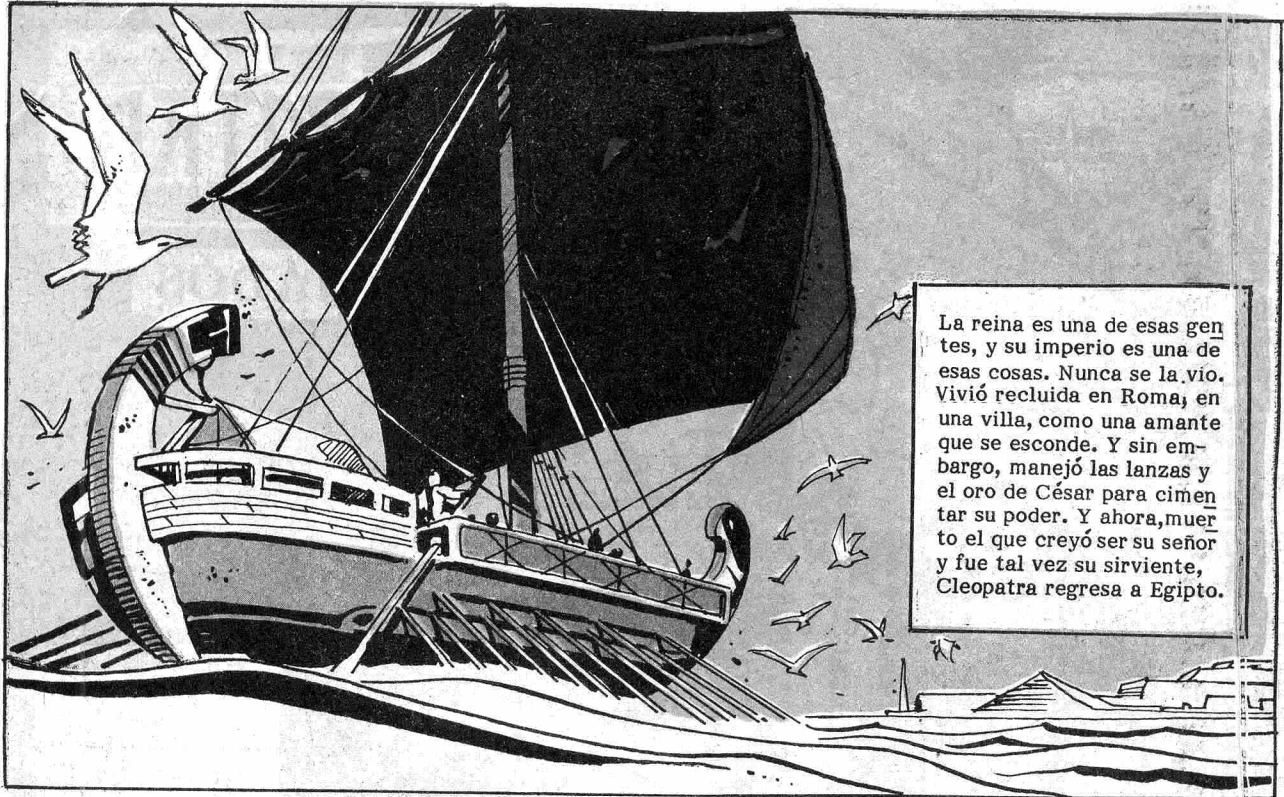
LOS ENGAÑADOS

Por
**RICARDO
FERRARI**

**Dibujos de
MULKO**

César ha muerto. La noticia vuela por el mundo, y sus amigos, y sus enemigos, y los que él sometió, y los que él liberó, saben que el mundo no volverá a ser el mismo. Antes de que la tierra disgregue su cuerpo, los romanos se batían en atroces guerras donde se mezcla la venganza y la ambición. Y por todas partes, como los restos de un colosal naufragio que la tempestad arroja a una playa, quedan las cosas y las gentes que César construyó, o destruyó, o amó, o aborreció.





La reina es una de esas gentes, y su imperio es una de esas cosas. Nunca se la vio. Vivió recluida en Roma, en una villa, como una amante que se esconde. Y sin embargo, manejó las lanzas y el oro de César para cimentar su poder. Y ahora, muerto el que creyó ser su señor y fue tal vez su sirviente, Cleopatra regresa a Egipto.

Muerto el amo del mundo, está sola. Su indefensión y su desvalimiento ya ha sido mil veces dicho y mil veces ha asombrado. Regresa a un trono en el que ya no la sostiene ningún ejército, a una nobleza que sólo espera el momento de traicionarla, y a un pueblo demasiado habituado al sufrimiento para esperar nada de nadie. Ni siquiera de ella.

Y ella, la reina, no está dispuesta a ceder nada, a nadie, nunca.

Desde la costa, entre sus lanceros negros, Shubbara ve la galera remontar el río, y cree distinguir una figura de mujer en la proa.



(Tal vez... Tal vez sea ella...)

Mientras su regimiento de lanceros negros evoluciona a las órdenes de sus veteranos, el general ve llegar el barco como se ve llegar el destino.

(Hasta hoy, yo fui casi el dueño de Egipto... Y la reina regresa.)



Mira sus lanzas. Mira la marea de puntas destellantes subiendo y bajando sobre las dunas, y de pronto comprende la dimensión de su fuerza.



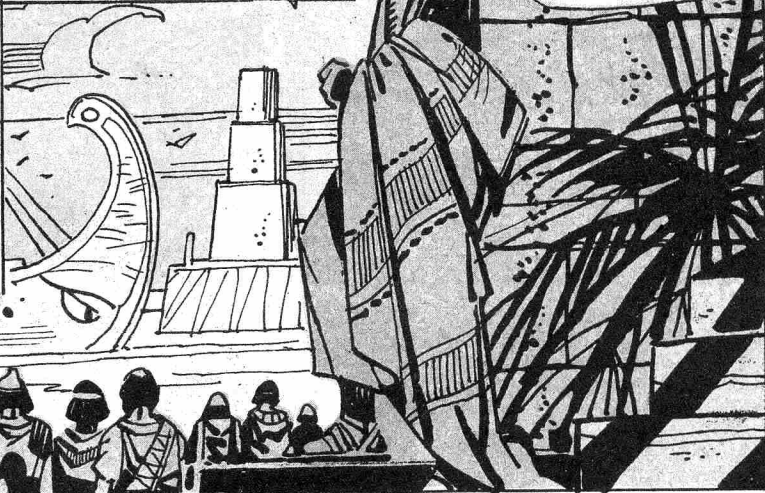
(Ella... Ella me necesita.)

Y con una sonrisa feroz, toma su decisión.

(Pero yo no la necesito a ella...)



El trirreme se acerca al puerto. Desde los muelles de piedra corroídos por el tiempo, Athep lo ve, y su cuerpo reseco y gris se estremece. Ha sido el tesoro del reino todos estos años. Ha cimentado su propio imperio. Pero ahora, la reina regresa.



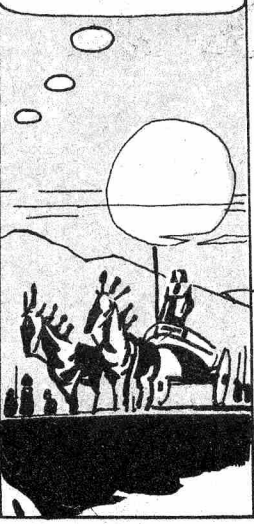
(La reina... Y perderé todo simplemente porque Cleopatra es la verdadera dueña de todo.)

Y de pronto ve del otro lado la columna de lanceros que regresa, siguiendo al trirreme. Y al frente, en su carro, él.

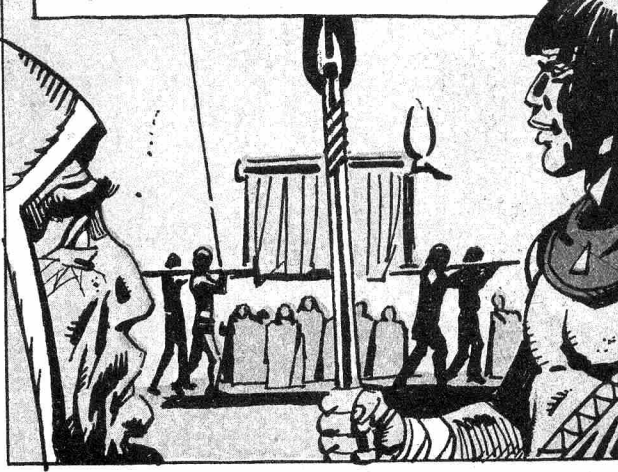
(Hum... Aunque supongo que Cleopatra necesitará a alguien para enfrentar a Shubara...)



(¿Por qué no? Luego veré la forma de librarme de ella...)



Cleopatra marcha por la avenida de los carneros. Una multitud silenciosa la observa, sin vitorearla ni abuchearla. Es una desconocida, o peor que eso: es la mujer que los dominó apoyada en las legiones de César.





Ella los observa sin dejarse ver. No le preocupa la gente. Sabe que para controlar a su pueblo, lo que necesita es oro, o lanzas.

(Y eso es lo que preciso ahora...)



(Ellos lo tienen... Sólo que no los necesito...)

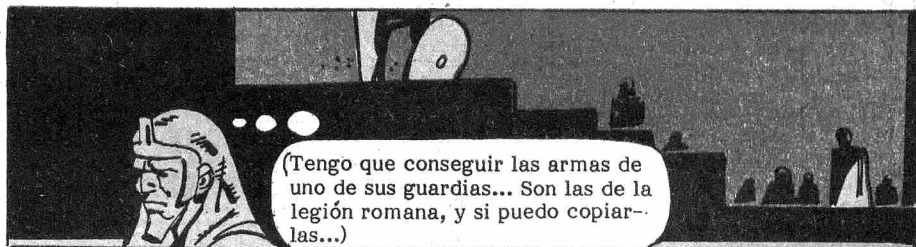


La litera pasa ante ellos sin detenerse. Entra en el palacio y, tras ella, la columna de asombrados esclavos que Cleopatra trae de Roma camina torpemente, mirando a un lado y a otro, sin terminar de creer lo que ven.

(Excelente... No me ha llamado a mí. Pero tampoco a él.)

(Bien, pobre Athep... Parece que la reina no te ha llamado. Eso significa que aún estoy a tiempo de aliarme con ella.)

Shubbara se aleja por las calles donde la gente se disgrega en silencio. Ahora, su mente de guerrero hace a un lado a la reina misteriosa y sus intrigas.



(Tengo que conseguir las armas de uno de sus guardias... Son las de la legión romana, y si puedo copiarlas...)

Poderoso señor... Necesito hablarte...

¿Un esclavo romano quiere hablar a un general egipcio?



El hombre mira a su alrededor. Parece moverse en medio del peligro.



No. Un sirviente romano de Cleopatra quiere hablar con el general egipcio que bien puede convertirse en el amo de este reino...

Entran al palacio. Los guardias fingieron no verlos, y una mujer que carga un cuenco con flores se vuelve hacia una pared cuando pasan junto a ella.

Vaya... Tal parece que quieren facilitar mi entrada...

No nos culpes, señor.



Somos extraños en una tierra extraña. Servimos a esta mujer en Roma, y aunque somos esclavos, tu pueblo ve en nosotros a romanos. Y nos odia.



Y ella se escribió todo este tiempo con alguien, en Tebas. Alguien al que está esperando ahora. Alguien al que ha escogido por aliado.



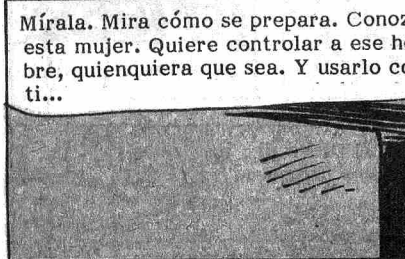
Shubbara siente que arde de furia. Su enemigo se ha adelantado.

¿Y por qué me cuentas todo esto?



Soy un poco la cabeza de los esclavos. Y antes de ser preso y vendido por deudas, fui legionario. Y antes que a un usurero, prefiero a un militar como amo...

Mírala. Mira cómo se prepara. Conozco a esta mujer. Quiere controlar a ese hombre, quienquiera que sea. Y usarlo contra ti...



Por Amón...



Shubbara ve a la mujer de cuerpo perfecto en medio de la habitación. Sus esclavos perfuman cada centímetro de su piel, y peinan sus cabellos y pintan sus ojos. Con incienso, la mujer espléndida se transforma en un vórtice de sensualidad, y de belleza.

Es...perfecta.



Si así te impresiona a ti, imagina qué pasará con ese pobre amanuense... Lo dominará totalmente.



Un nuevo sentimiento aparece en él. De pronto, no sólo odia a su rival. Lo envidia.



(El desgraciado...)

Imagina a la mujer aguardando en la penumbra de su lecho, cree oír la música de los esclavos ciegos y se estremece de furor.

(Y ella...¿Cómo puede rebajarse a tanto?)



(Pero se equivocó. Yo lo aplastaré. Me moveré antes... No me sorprenderán.)



Desde ese día, vive en su cuartel. Hay siete contrales antes de llegar a sus habitaciones, y dos oficiales echan a suertes quién probará su comida y su vino.



Su ambición crece. En secreto, lejos de ojos indiscretos, entra a sus hombres con el pilum, la lanza romana. No sólo quiere el reino. Quiere poder defenderlo de Roma.

(Pero para eso, debo controlar la a ella.)



General... La reina.



¿Qué pasa con ella?

Sale hoy, con una pequeña flota. Dice... dice que quiere pasear por el Padre Río, por el Nilo.

¿Pasear? ¿A seis días de su regreso, y en medio de decenas de intrigas? No lo creo.

Consígueme ropas de... comerciante. Y busca seis hombres de confianza. Que se vistan como pescadores, y lleven espadas cortas. Voy a verla partir...



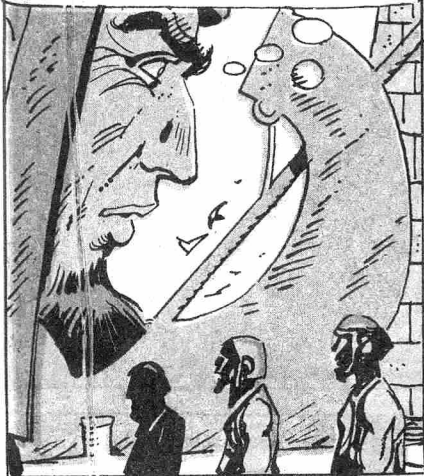
Los pescadores, los cargadores, los marineros del río, miran sorprendidos el cortejo que sube a los barcos reales. No hay allí soldados. Sólo cortesanos, y sirvientes. Y ella, en medio de su gente, espléndida, apenas vestida en su litera descubierta. Sonriendo enigmáticamente a todos y a nadie. A menos de seis pasos de ella, Shubbara cree oler su perfume.

(Es perfecta...)



Sujetando entre sus manos delicadas una soga dorada, los músicos ciegos marchan entre la gente, aterrados por el estruendo que les llega desde todas partes en su oscuridad irremediable.

(Un momento... Esos son los esclavos que emplea en su alcoba, para que no puedan ver qué hace... Ni con quién.)



Los ojos perfectos buscan en la comitiva. Y se detienen.



(¿Qué está mirando?)

Una litera cerrada se bambolea en la comitiva ruidosa, entre los cocineros, y las bailarinas, y los esclavos de lujo.

(Un invitado... Un invitado que no debe ser visto por nadie...)



La litera cerrada sube a la nave. Rojo de indignación, es empujado por la gente que trata de tocar la sombra de la reina espléndida.



(Athept... Athept va con ella...)

Sigue allí cuando la gente ha vuelto a sus tareas. Sus hombres lo vigilan en silencio, desconcertados.

(Athept y Cleopatra...)



Esa noche, en su lecho de soldado, con la espada junto a él y dos hombres durmiendo cruzados en su puerta, Shubbara sueña.



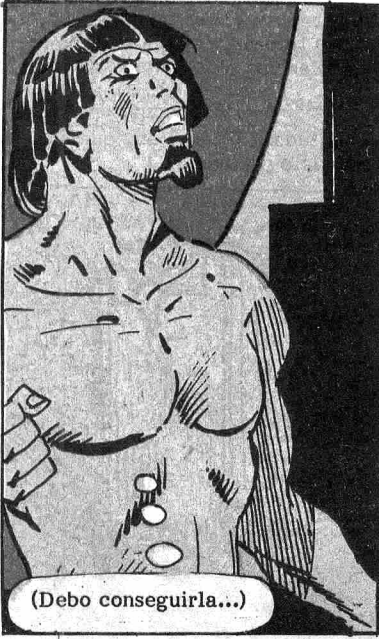
Sueña que está a bordo de una nave, una nave lujosa y extraordinaria, donde decenas de músicos ciegos tocan melodías suaves y tentadoras. Y él camina y busca, busca a la reina que sabe que espera semidesnuda sobre sus sábanas de seda. Oye su risa, o sus suspiros, o su voz sensual que lo llama. Pero cada vez que descubre una cortina, todo lo que alcanza a ver es la figura esquiva de Athept que se pierde, sonriendo malignamente, en las sombras.



Y al despertar, sintiendo todavía la desazón de la mujer nunca encontrada, comprende que su vida ha cambiado para siempre.

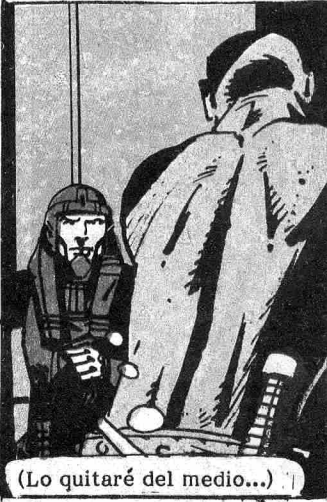


(Ella...)

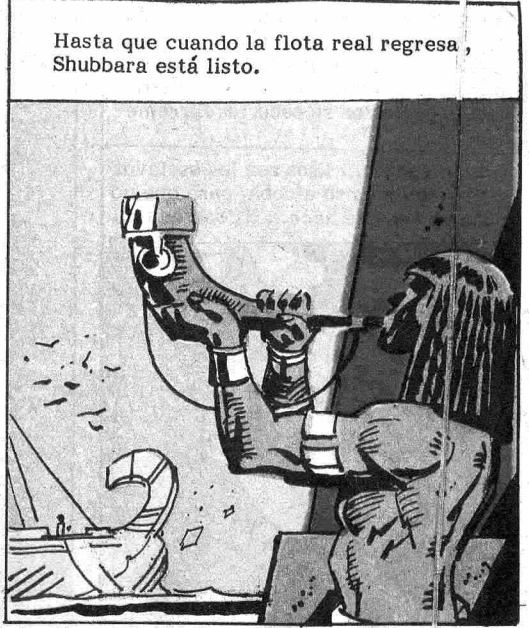


(Debo conseguirla...)

Desde esa noche, Shubbara tiende su red de espías, y de asesinos. Nadie sabe dónde está Ateph. Desde el retorno de Cleopatra, nadie lo ha visto.

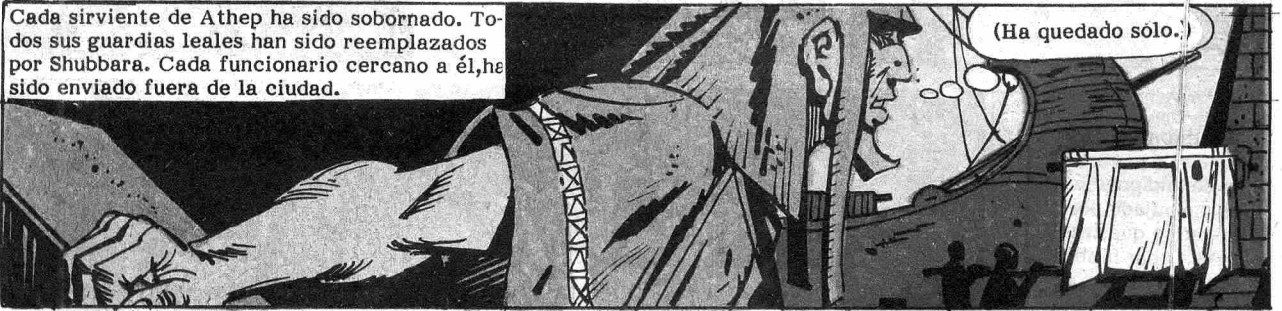


(Lo quitaré del medio...)



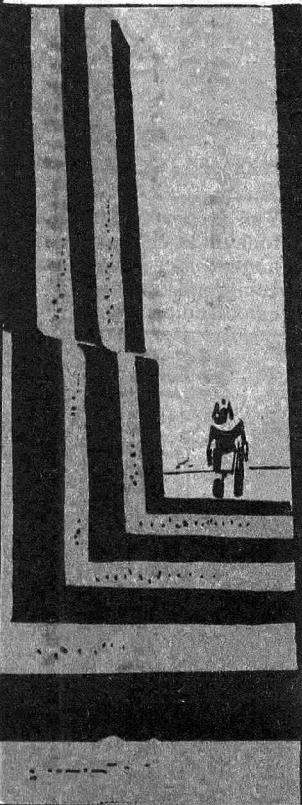
Hasta que cuando la flota real regresa, Shubbara está listo.

Cada sirviente de Ateph ha sido sobornado. Todos sus guardias leales han sido reemplazados por Shubbara. Cada funcionario cercano a él, ha sido enviado fuera de la ciudad.



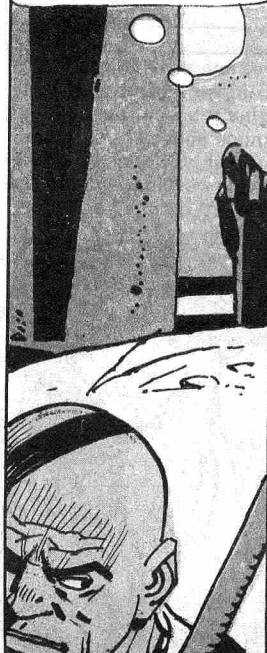
(Ha quedado sólo...)

Esa noche, solo, Shubbara deja su cuartel.



Cuando llega a la casa de Ateph, nadie lo detiene. Los guardias recogen sus lanzas y se marchan.

(Pagará. Pagará haber conspirado contra mí.)

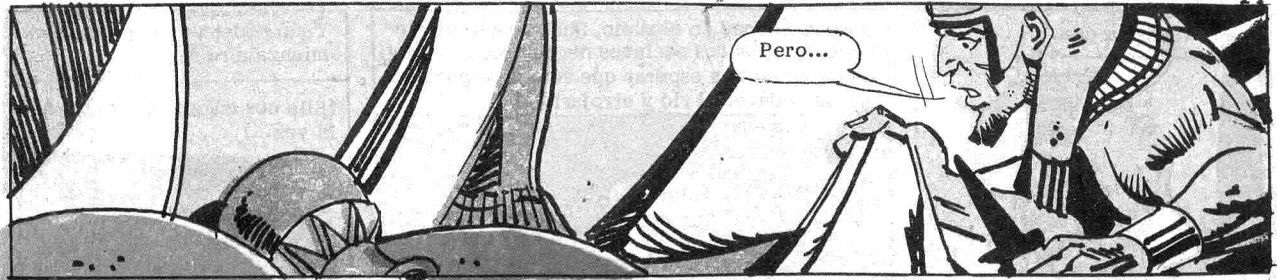


(Pagará haberla tocado. Pagará haber profanado tanta perfección...)



(Allí está...)





Pero...



No.



¡Ah!



Athep ríe, con una carcajada que parece un graznido.

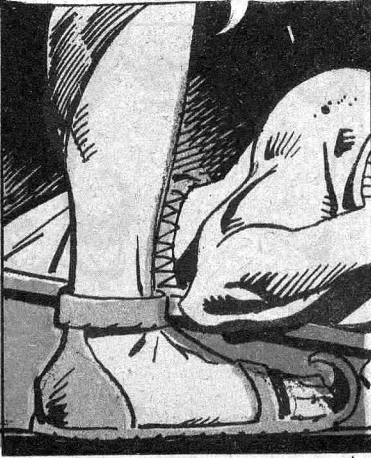
Pobre general... Toda tu intriga falló. ¿Y sabes por qué?



Porque uno de los sirvientes, que antes de ser esclavo era comerciante, decidió ayudarme. Y vi cómo se preparaba para recibirte el primer día que llego a Tebas. Sí... sé que estuvieste en su recámara, con sus músicos ciegos... Y que te escribías con ella...



Y cuando salió por el río... Estaba entre la gente, y vi cómo buscaba con la mirada la litera en la que ibas. Me aseguré. No estuvieste en Tebas todo este tiempo. Hasta hoy...



Pero se acabó. Yo manejaré Egipto...



Yo la tendré a ella...



Desangrándose en el suelo, Shubbara lo ve alejarse. Ve a los dos esclavos negros que se acucillan a un lado, a esperar que se muera para llevar su cadáver al río y arrojarlo allí.

(Ella...)



Y sin poder contenerse, comienza a reír.

(Ella nos engañó a los dos, a la vez...)

En medio de una de esas atroces carcajadas silenciosas, las casi cortadas venas de su cuello terminan de romperse. Y en una ola de sangre, Shubbara, el general, muere.



¿Quién es?

Yo, señora. Vengo a deciros que Shubbara está muerto.



Júramelo,

¿Cómo?



Los ojos de Cleopatra se redondean. Los labios le tiemblan.

Júrame que me has liberado de ese monstruo... Júrame que realmente está muerto el hombre que amenazó matarme si no era menos que su esclava...



Y el hombrecito gris y arrugado mira los hombros que asoman por la sábana, y los pechos que se insinúan tras el lino. Y de pronto, las manos le tiemblan.

Sí... Está muerto.



No imaginas cómo lo odiaba. Me obligó a recibirlo como a un esposo el mismo día que llegué a Tebas. Y exigió que saliéramos por el Padre Río, como amantes, y debía mostrarme enamorada, o mi hijo y yo moriríamos... Mi salvador...

Durante una fracción de segundo, la razón de Athep se revuelve. Adivina la trampa y trata de no caer en ella. Pero por fin, la pasión calcina todo vestigio de cordura.

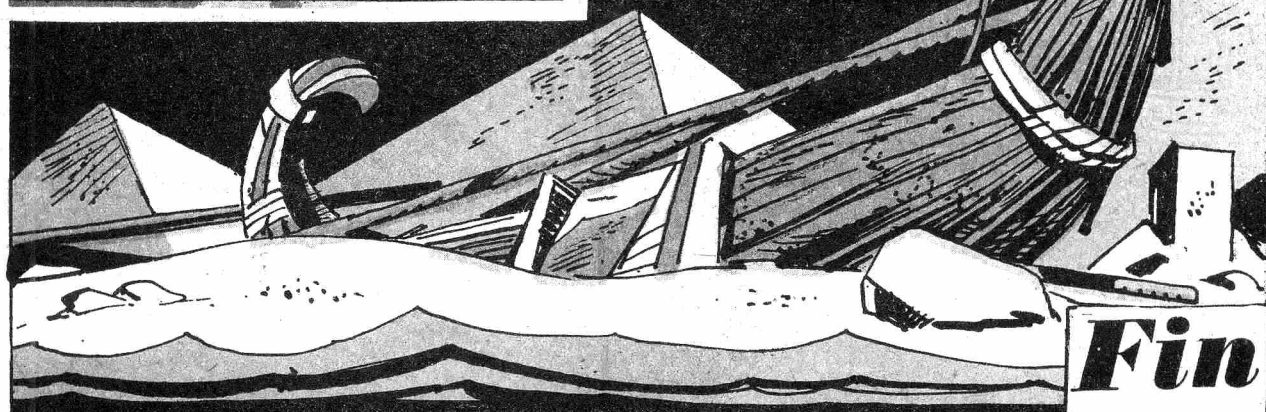


Ven... Ven a mí...

Athep adelanta la mano y toca la piel tibia, y mira los ojos de gato que brillan de deseo. Y se pierde para siempre.



Afuera, el río se lleva un cuerpo apresuradamente envuelto en una tela de lona. Un cocodrilo huele la sangre y nada tras él. Y cuando pasa bajo la inmensa ventana del palacio, lo rozan, levemente, las notas sensuales que tocan en sus instrumentos los músicos ciegos.



Fin